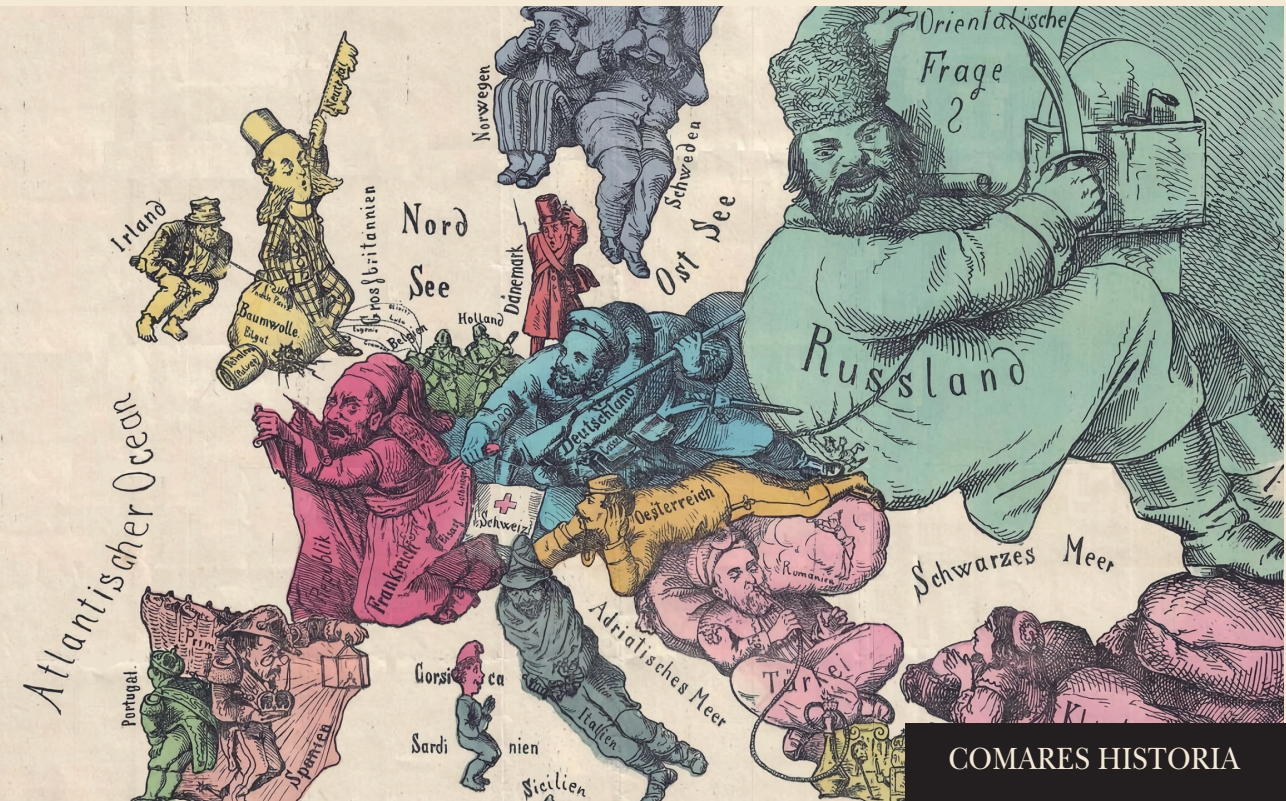
EUROPA

Caos, orden, idas y venidas

(1789-1945)

JUANJO ROMERO MARÍN



COMARES HISTORIA

Juanjo Romero Marín

EUROPA (1789-1945)
Caos, orden, idas y venidas
Χάος, κόσμος, corsi e ricorsi

Granada, 2024

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Fotografía de portada:
Humoristische Karte von Europa im Jahre 1870 (Deutsche Digitale Bibliothek)

Diseño de cubierta y maquetación:
Natalia Arnedo

© Juanjo Romero Marín

© Editorial Comares, 2024
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382
https://www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
https://www.facebook.com/Comares • https://twitter.com/comareseditor
https://www.instagram.com/editorialcomares/

ISBN: 978-884-1369-758-1 • Depósito Legal: Gr. 308/2024

Fotocomposición y encuadernación: COMARES

Sumario

Prólogo VII

TIEMPOS MODERNOS

CAP. I.—LA INDUSTRIALIZACION 3
La Revolución Industrial 16
Consecuencias de la industrialización 22
Las crisis de la sociedad industrial. 33

CAP. II.—LA SOCIEDAD DE MASAS 43

PROGRESO Y EMANCIPACIÓN

CAP. III.—LA REVOLUCION FRANCESA 57
Antecedentes 58
La Revolución 69

CAP. IV.—LA EMANCIPACION SOCIAL 95
Nuevas Ideas 96
El ideario de la emancipación femenina 118
Nuevas experiencias y movimientos 124

CAP. V.—HACIA LA REVOLUCION 147
Las últimas rebeliones burguesas 148
La Comuna de París 153

CAP. VI.—LA REVOLUCION RUSA 155
El fracaso de las reformas zaristas 157
La Revolución de Octubre. 164
La construcción de la Unión Soviética. 172

REACCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

CAP. VII.—EL RECHAZO A LA ILUSTRACIÓN 187
Utilitaristas, tradicionalistas y liberales 188
Nacionalismo y racismo 197

CAP. VIII.—CONTRARREVOLUCION, 1815-1914 207
La Santa Alianza 208
El giro autoritario 211
El fin del equilibrio en Europa (1871-1914) 220
Imperialismo y Guerra 225
La expansión colonial de ultramar 235
Imperios continentales europeos 246
La Primera Guerra Mundial 252

CAP. IX.—LA CONTRARREVOLUCIÓN DE ENTREGUERRAS 263
La crisis del liberalismo parlamentario 264
Los fascismos 269
Epílogo: la Segunda Guerra Mundial 297

Bibliografía 307

Prólogo

ΧΑΟΣ, ΚΟΣΜΟΣ, *CORSI E RICORSI*

La Grecia arcaica, mucho antes de llegar a su esplendor, vio nacer una concepción del mundo y de su historia que acabaría impregnando las ideas y mentalidades europeas durante siglos. Hesíodo (ca. 700 a.C) en su *Teogonía*, base sobre la que se construyó buena parte de la mitología y literatura helena posterior, expuso una visión lineal de la creación y la evolución de la humanidad de la que el Viejo Continente es heredero. En el principio fue el caos (*Χάος*), un magma de fuerzas dispersas e incontroladas. Tras él, después de una titánica lucha comenzó el orden (*κόσμος*). Sin embargo, ese orden no tenía el significado que hoy se le atribuye. Se refería a un mundo estructurado, con normas reconocibles, comprensible y aprehensible por los humanos. Aquí está el origen del concepto tan europeo del progreso: de las fuerzas desbocadas, incontrolables e impredecibles a la gestión y ordenación de ese mundo. Ciencia, política y conocimiento, columnas de la cultura europea no son otra cosa que el camino hacia el *κόσμος*, tal como lo entendían los griegos.

La expansión del cristianismo, de origen asiático, supuso un cambio en el paradigma del progreso. Para el cristianismo el origen no era el caos, sino el «verbo» que, como gramática, nació ordenado en sí mismo. El orden, el progreso, pasaba a ser metafísico, anclado en el más allá en un paraíso prometido sito allí donde salía el sol, en Oriente. De pronto, frente a siglos de lucha por «ordenar» la naturaleza (*φύσισ*) esta no era más que lenguaje, sin la palabra no existía. Pero eso solo era la doctrina, el dogma, de un cristianismo hegemónico al servicio del poder imperial romano. La cultura popular europea andaba lejos de esta visión, seguía apegada a la vieja teogonía clásica. Justamente, en la Edad Media, bajo el manto de la cristiandad, fue cuando las clases populares comenzaron a dibujar su idea de progreso. Entonces nacieron la tierra de la Cucaña, Jauja y otros paisajes míticos y utópicos: leyendas sobre tierras de promisión y riqueza, exentas de trabajo y plagadas de placeres se extendieron de punta a punta del continente. Y curiosamente, ninguna de ellas se encontraba en Oriente, al contrario, primero se situaron en el Occidente, en tierras por conocer y, cuando estas fueron

conquistadas Jauja y Cucaña se mudaron al Sur —desde entonces la escapada siempre es sureña. No obstante, no solo se trataba de un sueño como demostraron la revolución campesina alemana de 1525, los husitas o los anabaptistas. La abundancia, el reparto de los bienes materiales y la igualdad en el seno de la comunidad surgieron antes de que los humanistas comenzasen a soñar y redactar sus utopías. De este modo, las clases plebeyas europeas escribían su propio proyecto de progreso: el material e igualitario. El paraíso dejaba de ser algo metafísico y se convertía en la tierra de la abundancia, la igualdad y la falta de jerarquías. El *κόσμος* adquiría un nuevo significado en manos de las clases populares del continente.

Este avance, ese trayecto del caos al nuevo orden deseado no era, pese a la herencia helénica, un camino recto, un progreso lineal. Al contrario, como la historia demostraba, en esa ruta había idas y venidas —*corsi e recorsi* como describió el ilustrado Giambattista Vico (1668-1744). En efecto, el trayecto hacia Jauja no es una vereda despejada, limpia ni directa. Está plagada de atajos, vueltas, curvas, subidas, bajadas y, en ocasiones, retrocesos. Este es el viaje de Europa, la búsqueda de Jauja enfrentada con avances y retrocesos protagonizado por aquellos que creyeron en la leyenda pero impugnada por los que ya habían alcanzado ya la tierra de la Cucaña, los que disfrutaban de los parabienes y recursos que el continente y luego el mundo les ofrecía. Y precisamente, los años que van desde el impulso revolucionario francés a la última gran guerra mundial coinciden con la agudización y exacerbación de esa pugna entre el *Χάος* y el *κόσμος*.

El siglo XIX fue la época de esplendor y apogeo del continente europeo. No solo en términos económicos sino también en lo referido a la política, la cultura y la innovación. En aquel período el Viejo Continente irradiaba su influencia material e inmaterial a todo el Globo. Más aún, cualquier fenómeno o sacudida que se producía entre los Urales y el Atlántico tenía un rápido impacto en otras regiones del Mundo.

Curiosamente, Europa nunca había sido —ni es— un área dotada de especiales dones naturales. Es cierto que a nivel climático se haya en su mayor parte bajo la benigna influencia del clima templado, entre la zona subtropical y la ártica. Pero no se trata de una localización exclusiva ya que la comparte con otras partes de la Tierra. Tampoco su extensión, apenas un apéndice de Asia, la hace merecedora de grandes recursos materiales así como tampoco de una feraz agricultura ni de una demografía particularmente prolífica. Nada de lo anterior hacía presagiar un futuro decisivo en el conjunto de continentes. Y, sin embargo, durante casi ciento cincuenta años ese anexo de Oriente rigió y transformó para siempre el Mundo. De hecho, en la actualidad pequeños detalles muestran la impronta dejada en ese siglo y medio de hegemonía; los sistemas de pesos y medidas, los calendarios, los tipos de transportes, los métodos financieros y monetarios, la organización de los sistemas educativos, la transmisión de la cultura, etc.

En el terreno económico esta hegemonía se hace aún más patente: los dos modelos de relaciones socioeconómicas que nacieron en Europa se han convertido en los únicos existentes, habiendo barrido a todos los anteriores. Lo mismo podría decirse de la política. El Estado-nación, fruto de los choques sociales que acaecieron en el Viejo

Continente desde finales del XVIII, se ha transformado en el patrón «universal» de organización de las comunidades políticas. Más aún, surgió en Europa el concepto del «derecho de gentes» y con él la creación de organismos supranacionales de gestión, colaboración y armonización de las desavenencias entre naciones. Otro tanto sucedió con las diferentes fuerzas y propuestas de organización social que se enfrentaron desde 1789 en suelo europeo que con el paso de los años se internacionalizaron hasta convertirse en categorías globales: progreso, reacción, emancipación y dependencia marcaron el siglo XIX y se expandieron por doquier. Paradójicamente, muchas de estas ideas nacidas en el Viejo Continente acabaron volviéndose contra su creador y contribuyendo a finiquitar su hegemonía.

Fue el siglo XVIII el que vio nacer esa fuerza creativa —también destructiva—que acabaría inundando el planeta. Antes de esa centuria, dicho continente era uno más entre otros cuya única característica definitoria había sido la de haber salido del modelo clánico de relaciones sociales pero incapaz aún de construir estructuras políticas amplias y unificadas como si lograron el imperio chino, el otomano, el azteca o el inca. Por el contrario, aquello que definió las relaciones entre los diferentes sistemas políticos del continente desde la desaparición del Imperio Romano de occidente fue el surgimiento de diversos colectivos políticos, en su mayor parte monarquías hereditarias, incapaces de imponerse los unas sobre los otros absortos en guerras de conquista interminables con resultados en el mayor de los casos limitados. Justamente, este peculiar panorama de competencia entre unidades políticas relativamente estables favoreció no solo un clima de innovación y estatalización sino también que cualquier búsqueda de recursos adicionales tuviese que llevarse a cabo más allá del continente. Así como China pudo hacerse con sus vecinos del Khoshut, los aztecas invadir a los mexicas y someterlos, los incas ocupar el territorio de los orejones, los otomanos extenderse por el norte de África, los distintos Estados europeos habían fracasado en su expansión en su propio continente. Solo quedaba aventurarse fuera de él. La conquista de nuevas tierras se convirtió en un acicate para el desarrollo europeo, y no únicamente en el terreno económico. Antes al contrario, el primer impacto del «descubrimiento del otro» afectó al pensamiento y a la política. La incorporación de los pobladores de otros territorios comenzó a plantear la problemática de la «comunidad política», de quién pertenecía a ella y, no menos importante, puso sobre la mesa la construcción de estructuras políticas más allá de la simple monarquía feudal.

Ambos fenómenos, y no la economía, fueron los que convirtieron la Europa del siglo XVIII en un hervidero de ideas. La política, ya no la religión, pasó a centrar los debates intelectuales. La *res publica* emergió como el eje sobre el que se articulaba la organización social. Era cuestión de tiempo que esos nuevos aires se extendiesen y terminasen por llegar a todos los grupos sociales, más allá de la «élite leída» que hasta el XVIII había monopolizado el debate. Fue la Revolución Francesa la que acabó impregnando a toda la sociedad gala de esos nuevos valores y, poco después, la que los llevó de la mano de sus ejércitos al resto continente. Con ello, nacía una nueva forma de entender el poder y su relación con la sociedad.

Obviamente, la optimización en la explotación de recursos, principalmente la mano de obra mediante la proletarización facilitó que la productividad laboral en Europa rápidamente superase a la del resto del Mundo. A ello se sumó el aprovechamiento de todos los recursos, incluido el trabajo, en las colonias. Así, los modelos y patrones de explotación europeos fueron llevados a todo el globo y donde no se impusieron, como en Japón o el Imperio Otomano, fueron emulados.

Frente a todo lo expuesto, el «centro del Mundo» en su máximo apogeo no estuvo libre de tensiones, al contrario. Las fuerzas desatadas por la Revolución Francesa tuvieron que enfrentarse durante más de una centuria con las fuerzas que se oponían a un mayor progreso político y social. Pese a todo, el cambio era imparable: diferentes grupos sociales amparados en nuevos movimientos e ideas desafiaron constantemente los tímidos límites impuestos por los jóvenes Estados-nación continentales patrimonializados por los sectores más conservadores. De este modo, Europa entre 1789 y 1945 se vio sacudida por las luchas por la emancipación. Progreso, revolución, reacción y contrarrevolución se convirtieron en las líneas que dibujaron Europa durante ese siglo y medio.

Y así se propone la lectura de esta aventura. Conocer a sus protagonistas, sus ideas, sus experiencias desde una lectura dual. En primer término, tras una breve presentación de los cambios materiales y culturales que barrieron el continente, se describirán de las luchas por el progreso, las diferentes concepciones de este, sus actores, sus éxitos y sus fracasos. Después se tratará sobre lo contrario las fuerzas, ideas y movimientos que intentaron impedir esos avances. Este texto es un *corsi e recorsi* de la historia de Europa. En resumen, se pretende mostrar que aquello que hizo diferente y más dinámica la evolución europea no fue su desarrollo económico, su superioridad militar o técnica sino su constante estado de conflicto, tanto social como ideológico. Fue la confrontación permanente tanto dentro como entre las diferentes «comunidades políticas» que conformaban Europa, la que obligó a buscar nuevos espacios así como a ensayar nuevas fórmulas políticas de Estado, representación y de consenso que crearon un entorno único que acabó afectando a todo el globo.

Durante más de 150 años Europa —apenas una península occidental de Asia— se convirtió en el auriga que cabalgó el mundo. Las ideas, invenciones, movimientos y también las tensiones que atravesaban la sociedad del minúsculo continente salpicaban y resonaban en todos los rincones del Orbe. El origen de este poder no se encontraba ni en el genio particular de sus moradores, ni en la riqueza natural del continente, ni tan siquiera en su modelo económico, sino en el conflicto permanente entre sus pobladores. En efecto, las fracturas que recorrían la sociedad del Viejo Continente, las tensiones entre las diferentes unidades políticas que lo conformaban y, sobre todo, la diversidad de proyectos sociales, alentaron dinámicas y conflictos, en lo ideológico y en lo material, que aceleraron el cambio y la transformación de Europa.

Una sociedad atravesada por proyectos enfrentados, una lucha entre visiones opuestas de la sociedad, todo ello acabó provocando un estallido de energías políticas y de movimientos sociales que desbordaron al propio continente alcanzando y transformando el Globo para siempre. Este libro, lejos de indagar en la complaciente armonía de eso que llamamos Europa, hurga en los desencuentros, las rupturas, las decepciones, sus «idas y venidas», la violencia y las injusticias que llevaron a un duelo constante entre europeos.

Esta es la razón de que esta obra se presenta también como una fractura articulada sobre ese binomio de fuerzas en pugna: aquellas surgidas del optimismo ilustrado que lucharon por la emancipación y el progreso, no solo político, frente a las que intentaban mantener, o recomponer el orden, detener el avance. En este combate hubo muchos actores, y otro de los objetivos de este texto ha sido no olvidar a ninguno de ellos pues todos, vencedores y perdedores, aportaron algo a la sociedad de ese pequeño apéndice asiático y, para lo bueno y lo malo, también al resto del mundo.

COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-758-1
9 788413 697581